

# LA POLÍTICA

---

## LIBRO PRIMERO

### ARGUMENTO ANALÍTICO

Objeto y límite de la ciencia política. — Elementos de la ciudad. — Su fundamento en la familia. — Sociedad doméstica: amo y esclavo. — Arte de adquirir la riqueza. — Aplicación de esta teoría. — Sociedad paternal y conyugal. — De si puede exigirse la virtud a los que obedecen o solamente a los que mandan.

### CAPÍTULO PRIMERO

1. — Vemos que toda ciudad es una especie de asociación y que toda asociación se forma buscando algún beneficio, pues el hombre no hace nada que no mire como un bien. Todas las asociaciones se proponen, pues, el logro de una ventaja, sobre todo la más importante de todas ellas, puesto que su fin es el más importante y comprende en sí las demás asociaciones. Tal es la ciudad o asociación política.

2. — Los que piensan que el gobierno político y real, económico y despótico es el mismo, se enga-

ñan<sup>1</sup>, pues creen que cada uno de esos gobiernos difiere no más que por el número mayor o menor de súbditos y no por la especie. Por ejemplo : si el que gobierna manda solamente un pequeño número de hombres, lo titulan amo (déspota); si manda mayor número, lo llaman ecónomo; jefe político o rey, si el número de hombres es todavía más considerable, como si no hubiera diferencia entre una gran familia política y una pequeña ciudad. En cuanto al poder real y político, dicen que cuando un hombre gobierna solo y por su propia autoridad, es gobierno real; y que si, por los términos de la constitución del Estado, fuere alternativamente jefe y súbdito, es gobierno político. Pero no es verdad.

3. — Se convencerá quien examine la cuestión siguiendo el método analítico que nos ha guiado<sup>2</sup>. Así como en los demás asuntos es necesario dividir lo compuesto hasta llegar a elementos enteramente simples, por ser las partes mínimas del todo, lo mismo al examinar la ciudad en sus elementos componentes apreciaremos mejor en qué difieren los unos de los otros, y veremos si es posible reunir esos conocimientos aislados para formar un arte. Examinemos en la ciudad, como en todo, el origen y el desenvolvimiento de los seres : es el método más acertado.

4. — Lo primero que se necesita es unir dos a dos los seres que no pueden ser completos uno sin otro, como el hombre y la mujer para los efectos de la

1. Se alude aquí a la opinión de Platón, expuesta particularmente en el diálogo intitulado *Politicus*.

2. Se refiere al tratado que precede a éste y que lleva el título de *La Moral*.

generación. Esto no es en ellos consecuencia derivada de una determinación reflexiva; es que la naturaleza les inspira, como a los otros animales y aun a las plantas, el deseo de dejar en pos de sí otro ser que se les asemeje. También hay, por efecto natural y para conservación de las especies, un ser que manda y otro que obedece; el que por su inteligencia es capaz de previsión, ése tiene naturalmente la autoridad y el mando; el que sólo posee la fuerza corporal para la ejecución, ése debe naturalmente obedecer y servir, de suerte que el interés del amo es el mismo del esclavo.

5. — Así la naturaleza ha puesto una diferencia esencial entre la mujer y el esclavo, pues la naturaleza no procede con la mezquindad de los cuchilleros de Delfos, cuyos cuchillos servían para varias cosas, pero uno a uno; el más perfecto de sus instrumentos no es el que vale para varios usos, sino para uno solo. Entre los bárbaros, la mujer y el esclavo se confunden en la misma clase; esto proviene de que la naturaleza no les ha dado el instinto del mando y de que la unión conyugal es la de una esclava con un esclavo. Eso es lo que ha hecho decir a los poetas :

Los griegos tienen derecho a mandar en los bárbaros<sup>1</sup>..., como si bárbaro y esclavo fueran una misma cosa.

6. — La doble reunión del hombre y la mujer, del amo y el esclavo, constituyó la familia; con razón ha dicho Hesiodo que la primera familia<sup>2</sup> se compuso de la mujer y del buey; en efecto, el

1. Ifigenia en Aulida, hacia 1400.

2. *Las Obras y los Días*, hacia 402 o 376,

buey hacía las veces de esclavo para los pobres. Así, naturalmente, la asociación que se forma para las necesidades diarias es la familia, compuesta de los que Charondas<sup>1</sup> llama *homosipyens* (que toman el pan de la misma artesa), y Epiménides, cretense, los llama *homocapiens* (que comen en el mismo pesebre).

7. — La primera asociación de familias, por conveniencia y utilidad común, es la aldea; algunos llaman *homogalactios* (criados con la misma leche) a los hijos de la primera familia y a los hijos de los hijos, que forman un poblado o colonia de familias. Así las ciudades eran gobernadas por reyes, como hoy las naciones grandes, porque formaban la ciudad varias aldeas sometidas a la autoridad real. En efecto, una casa es administrada por el más viejo, que ejerce una especie de poder real, y las colonias de familias conservan el gobierno patriarcal. Es lo que dice Homero : Cada cual es dueño absoluto de sus hijos, de sus mujeres, y dicta leyes a todos<sup>2</sup>...

Y era así, porque en tiempos antiguos vivían diseminados los hombres. Por la misma razón conviene en decir que los dioses mismos están sometidos a un rey, pues de esa manera se gobiernan todavía algunos hombres y otros se gobernaban antiguamente. El hombre ha hecho los dioses a su imagen y les da sus costumbres.

8. — La asociación de varias aldeas o poblados constituye por lo tanto una ciudad perfecta, po-

1. En Sicilia, donde nació Charondas, no daban el mismo nombre que en Creta al cajón donde se guarda el pan.

2. *Odisea*, canto IX, v. 114.

seyendo todos los medios de bastarse a sí misma y habiendo alcanzado, por decirlo así, el fin para que fué formada; nació de la necesidad de vivir y existe para vivir dichosa. La ciudad por lo mismo está en la naturaleza, pues ella formó las asociaciones primitivas : la naturaleza es el verdadero fin de todas las cosas. Por eso decimos de los diferentes seres, por ejemplo, de un hombre, de un caballo, de una familia, que están en la naturaleza<sup>1</sup>, cuando han logrado el desarrollo completo que les es propio. Además, cuando han llenado el objeto para que cada uno fué creado y el fin mejor para él; ahora bien, la condición de bastarse a sí mismo es el fin de cada ser y el objeto que persigue.

10. — Se ve de una manera evidente por qué el hombre es un animal sociable, aún en mayor grado que las abejas y cuantos animales viven reunidos. La naturaleza, como decimos, no hace nada en vano. Entre todos los animales, el uso de la palabra no lo tiene más que el hombre; la voz se le ha dado también a los otros animales, porque es signo del dolor y del placer. Todos los animales están organizados para experimentar sentimientos de dolor y de placer y para hacérselo comprender los unos a los otros; pero la palabra tiene por objeto hacer comprender lo que es útil o perjudicial y, por consiguiente, justo o injusto. Lo que distingue singularmente al hombre es que conoce el bien y el mal, lo justo y lo injusto, como todos los sentimientos cuya comunicación

1. La naturaleza, es decir, el conjunto de las condiciones de existencia, la plenitud de las facultades y de los medios, es el fin de los seres; ella determina el último grado de desenvolvimiento que deben de alcanzar.

constituye precisamente la familia del Estado.

11 En el orden de la naturaleza, el Estado es antes que la familia y antes que cada individuo, pues el todo debe ser antes que la parte. Suprimid el todo; no quedará ni pie ni mano, como no sea nominalmente, porque una mano separada del tronco no será mano más que de nombre. Todas las cosas se definen por los actos que ejecutan y los que pueden ejecutar, de suerte que al perder sus caracteres propios ya no puede decirse que son ellas; son comprendidas bajo un mismo nombre y eso es todo. Evidentemente el Estado se halla dentro del orden natural y es antes que el individuo; porque si cada individuo aislado no puede bastarse a sí mismo, lo propio sucederá con las otras partes con relación al todo. Ahora bien; el que no puede vivir en sociedad, o el que no necesita de nada ni de nadie porque se basta a sí mismo, no forma parte del Estado: es un bruto o es un dios. La naturaleza impulsa, pues, a todos los hombres hacia tal asociación; pero el primero que la estableció fué causa de los mayores bienes, pues si el hombre que llega a su perfección es el más excelente de los animales, es el peor de todos si vive en el aislamiento, sin leyes y sin código. ¡Qué terrible azote la injusticia cuando tiene las armas en la mano! Las armas que la naturaleza le da al hombre son la prudencia y la virtud, para combatir sobre todo a sus contrarios. Sin virtud, es el más impío y el más feroz de los seres; para vergüenza suya, no sabe más que amar y comer. La justicia es la base de la sociedad; el juicio constituye el orden social. Ahora bien; el juicio es la aplicación de lo que es justo, es la sanción de la justicia.

## CAPÍTULO II

1. — Ahora que conocemos positivamente las partes que forman el Estado, hemos de hablar ante todo de la economía doméstica, puesto que el Estado se compone de familias. Los elementos de la economía doméstica son precisamente los de la familia que, para ser completa, ha de comprender esclavos y personas libres; pero como es necesario someter a un examen separado las partes primitivas e indiscomponibles, y como las partes primitivas e indiscomponibles de la familia son el amo y el esclavo, el esposo y la esposa, el padre y los hijos, se hace preciso estudiar separadamente estos tres órdenes de individuos para ver lo que es cada uno de ellos y lo que debe ser.

2. — Tenemos por una parte la autoridad del amo; en seguida la autoridad marital; en tercer lugar la producción de los hijos. Ordinariamente, no hay más que estos tres elementos en la familia; sin embargo, debe contarse un cuarto elemento, que algunos confunden con la administración doméstica y según otros es una rama de la misma y de gran importancia; quiero hablar de lo que se llama arte de amasar una fortuna. Pero hablemos primero del amo y del esclavo, para conocer las necesidades ineludibles que los unen y ver si podríamos encontrar, acerca de esto, ideas más justas que las admitidas hoy.

3. — Unos pretenden que hay una ciencia del amo, la cual no es otra que la economía doméstica, o la autoridad real o política, según hemos dicho al comenzar; otros sostienen que el poder del amo

sobre el esclavo es contrario a la naturaleza. Estos últimos dicen que solamente la ley estableció una diferencia entre el hombre libre y el esclavo, sin que la naturaleza la haya establecido. Diferencia legal, pero injusta, como hija de la violencia. Pero, puesto que los bienes poseídos sirven en parte para la existencia de la familia, el arte de adquirir es una parte importante de la economía, porque sin las cosas de primera necesidad no pueden vivir los hombres y vivir bien.

4. — Si las diferentes artes necesitan instrumentos especiales para efectuar su obra, la ciencia de la economía doméstica también debe de tener los suyos. Entre los instrumentos, unos son inanimados y otros animados. Por ejemplo, el timón de que se sirve el piloto, es un instrumento sin vida, y el marinero que vigila a proa es un instrumento viviente; los obreros, en todas las artes, se consideran instrumentos. Así la propiedad es un instrumento esencial para la vida, la riqueza una multiplicidad de instrumentos, el esclavo una propiedad viviente; pero, como instrumento, el obrero, sea cual fuere, es el primero de todos.

5. — En efecto, si fuera posible que cada instrumento ejecutara a la primera orden la tarea que le incumbe, como se dice de las estatuas de Dédalo<sup>1</sup>, o de los trípodas de Vulcano<sup>2</sup>, que se iban solos, al decir del poeta, a las asambleas de los dioses, o si

1. Dédalo, en cierto modo, fué el primero que dió á sus estatuas movimiento y vida, por las actitudes varias de los brazos y las piernas. Los estatuarios anteriores a él no sabían más que aplicar los brazos como pegados a los cuerpos y juntar las piernas una con otra.

2. *Iliada*, XVIII, v. 376.



las devanaderas tejieran por sí mismas, o si el arco sacara sonidos espontáneamente de la cítara, entonces los arquitectos no tendrían necesidad de obreros ni los amos necesitarían esclavos.

6. — Los instrumentos propiamente dichos, son instrumentos de producción; la propiedad, al contrario, es simplemente de uso. La devanadera produce más que el uso hecho de ella; pero un vestido, una cama, no dan de sí nada más que el uso. Como la producción y el uso difieren entre sí, y como tienen ambas cosas instrumentos que les son propios, es preciso que los instrumentos respectivos tengan la misma diferencia. La vida es uso y no producción; he aquí por qué el esclavo no sirve más que para facilitar el uso. Propiedad es una palabra que ha de entenderse como la palabra « parte » : la parte, no solamente es porción de un todo, sino que, además, pertenece de una manera absoluta a otra cosa que ella misma. Esto es lo que sucede con la propiedad. El amo es simplemente amo del esclavo, pero no parte esencial del mismo; lo contrario ocurre con el esclavo, que no solamente es esclavo de su amo, sino que le pertenece en absoluto.

7. — He aquí bien demostrado lo que el esclavo es por sí y lo que puede ser. Quien no se pertenece a sí mismo, pero pertenece a otro y sin embargo es hombre, ése es esclavo por naturaleza. Ahora bien, un hombre pertenece a otro, cuando es cosa poseída, aun siendo hombre; y una cosa poseída es un instrumento que se usa y que está separado del cuerpo a que pertenece.

8. — Pero, ¿hay hombres de esa naturaleza, o no los hay? Existe alguno para quien la esclavitud

sea justa y ventajosa, o bien toda servidumbre es contraria a la naturaleza? Eso es lo que ahora debemos examinar. Con el razonamiento y con los hechos no es difícil resolver estas cuestiones. La autoridad y la obediencia no son únicamente cosas necesarias; son además cosas útiles. Puesto que, desde el instante de su nacimiento, hay seres destinados, los unos a mandar, los otros a obedecer forman los unos y los otros especies numerosas. La autoridad es tanto más enaltecida cuanto más perfectos son los sometidos a ella. El que rige al hombre, por ejemplo, es superior al que rige al animal, pues la obra realizada por criaturas más perfectas alcanza más perfección. Y bien; hay obra, desde que hay por una parte mando y por otra obediencia.

9. — En todas las cosas compuestas de varias partes y que, separadas o continuas, van a parar a un resultado común, se manifiestan la autoridad y la obediencia; es lo que se observa en todos los seres animados, de cualquier naturaleza que sean. También se nota una especie de autoridad en los objetos inanimados, como la armonía. Pero esta cuestión puede ser demasiado ajena a nuestro asunto.

10. — Todo ser viviente se compone de un alma y un cuerpo, destinados por la naturaleza, la una a mandar, el otro a obedecer. Conviene observar la naturaleza en los seres que se han desenvuelto según estas leyes, más bien que en los seres degradados. Supongamos, pues, un hombre perfectamente sano de espíritu y de cuerpo, un hombre en quien sea visible el sello natural; porque no hablo de los

hombres corrompidos o dispuestos a corromperse, en los cuales el cuerpo suele mandar en el alma; son viciosos y se les conoce que están constituidos contra el voto de la naturaleza.

11. — Es preciso, pues, reconocer en un animal viviente un doble mando : el del amo y el del magistrado. El alma se impone al cuerpo, manda en él, como el amo a su esclavo. El entendimiento manda en el instinto, como el magistrado en sus conciudadanos y el monarca en sus súbditos. Por lo tanto es evidente que la obediencia del cuerpo al alma, y la sumisión de la parte afectiva a la parte razonable, es una cosa útil y conforme con la naturaleza. La igualdad o el derecho de mandar alternativamente, sería funesto para las dos partes.

12. — La misma relación existe entre el hombre y los otros animales. La naturaleza ha sido más liberal con respecto al animal que vive bajo el imperio del hombre que con relación al animal salvaje; es más ventajoso para todos los animales vivir en la dependencia del hombre : en ella encuentran su seguridad. Además, los animales son machos o hembras; el macho es más perfecto : él manda; la hembra no lo es tanto : a ella le toca obedecer. La misma ley se aplica necesariamente al animal humano.

13. — Hay en la especie humana individuos tan inferiores a los demás, como el cuerpo al alma, como la bestia al hombre; son aquellos de los que el mejor partido que se puede sacar es el empleo de las fuerzas corporales. Partiendo de los principios que hemos sentado, esos individuos son los destinados por la naturaleza a la esclavitud, pues no hay para ellos nada mejor que obedecer. Es esclavo

por naturaleza el que puede pertenecer a otro (y en efecto, a otro pertenece), y cuya razón apenas llega al grado necesario para experimentar un vago sentimiento, sin tener la plenitud de la razón. Los demás animales enteramente desprovistos de razón obedecen a las impresiones exteriores.

14. — Por lo demás, la utilidad de los esclavos y de los animales domésticos es casi la misma; unos y otros nos ayudan igualmente a satisfacer las necesidades primordiales de la vida. La naturaleza misma quiere dar un carácter diferente a los cuerpos de los hombres libres y a los de los esclavos : los unos, en efecto, son fuertes para el trabajo rudo, para las faenas a que están destinados; los otros son inútiles para semejante esfuerzo físico, aunque útiles para la vida civil, que comprende los trabajos de la guerra y los de la paz. Sin embargo, aunque la naturaleza, al parecer, marca en los hombres dichos caracteres, algunas veces ocurre lo contrario : ciertos individuos no tienen de hombres libres más que el cuerpo, en tanto que otros, con cuerpo de esclavos, tienen alma de hombres libres.

15. — De todos modos, es evidente que si las diferencias puramente exteriores entre los hombres fueran tan grandes como las que hay entre ellos y las estatuas de los dioses, todo el mundo convendría en que los inferiores merecen ser esclavos de los otros. Pues bien, si esto es verdad tratándose del cuerpo, la distinción será todavía más justa con referencia al alma. Es de toda evidencia, por lo tanto, que si hay hombres justamente libres, hay otros que son esclavos por ser justo y útil para ellos vivir en la servidumbre.

16. -- Es fácil ver que quien sostenga lo contrario pudiera no equivocarse del todo, pues las palabras esclavitud y esclavo se toman en dos sentidos diferentes. Según la ley, tenemos esclavo y hombre reducido a la esclavitud; la ley es una convención mediante la cual todo hombre vencido en la guerra se reconoce propiedad del vencedor. Pero no faltan legistas que rechacen este supuesto derecho, como acusan de ilegalidad al orador<sup>1</sup> que se sirve de sus dotes para hacer su esclavo y someter a sus caprichos al que ha conseguido anonadar. Las dos opiniones han sido igualmente sostenidas por hombres de buen saber, pues en ambos casos hay violencia, hay abuso de superioridad.

17. — La causa del disentimiento, y lo que motiva que varíen las razones expuestas por una y otra parte, es que la fuerza, cuando logra de una o de otra manera allegar recursos, no tarda en acudir a la violencia; y que la fuerza victoriosa tiene siempre ventaja, supone alguna superioridad, de modo que ~~al parecer la violencia no existe sin virtud,~~ y el disentimiento no se refiere más que a la noción de lo justo. Por eso los unos imaginan que la justicia reside en la benevolencia, en tanto que los otros la miran como el principio mismo que atribuye el mando al que tiene la superioridad. Por otra parte, ~~si se aislan estas opiniones y se las separa,~~ los argumentos contrarios ya no tienen nada de fuerte y de persuasivo cuando se intenta probar que la superioridad de la virtud no da derecho a mandar y dominar.

18. — Por último, hay personas que, aferradas

1. Estaba esto admitido entre los atenienses.

obstinadamente a lo que en algún concepto consideran justo (y siempre hay en la ley algo de justo), afirman que la esclavitud del prisionero de guerra es legítima; y al mismo tiempo lo niegan, porque es posible que la causa de la guerra no haya sido justa, y jamás podrá decirse que un hombre que no merece la servidumbre sea esclavo. De lo contrario, dicen las mismas personas, pudiera suceder que hombres de sangre ilustre fueran esclavos o hijos de esclavos, si son vendidos después de hechos prisioneros. Por eso los partidarios de esta opinión no quieren darse a sí mismos el nombre de esclavos; se lo dan a los bárbaros únicamente. Hablando así, reducen la cuestión a averiguar lo que es ser esclavo por naturaleza, como ya hemos dicho al comenzar.

19. — Es necesario que admitan la existencia de ciertos hombres que son esclavos en todas partes, y de otros que no lo son en ninguna parte. Aplican el mismo principio a la nobleza, y piensan que ellos son nobles no solamente en su país, sino en todas partes, mientras los bárbaros no lo son más que entre ellos; como si hubiera alguna raza que fuera noble y libre en un sentido absoluto y otras que no lo fueran. Es la Elena de Teodecto<sup>1</sup> quien exclama:

De la raza de dioses descendiente,  
¿Quién se atreverá a llamarme esclava?

Expresarse así, es no admitir más diferencia que la virtud y el vicio entre el hombre libre y el esclavo; entre el noble y el que no lo sea; es decir, que así

1. Teodecto era un poeta trágico, discípulo y amigo de Aristóteles, de quien sólo han quedado algunos fragmentos.

como el hombre nace del hombre y el animal del animal, así también el hombre virtuoso no puede ser hijo sino de padres virtuosos. Ahora bien, la naturaleza, es frecuente que lo quiera así; pero no puede siempre lo que quiere.

20. — Se ve, pues, que tiene algún fundamento la discusión que hemos sostenido: que hay esclavos y hombres libres por naturaleza, que esta distinción subsiste en ciertos seres en tanto es justo y útil para uno servir y para otro mandar, que es precisa en el uno la obediencia y en el otro el mando, según el derecho natural, que para el último consiste en ejercer autoridad absoluta. El vicio de la obediencia o del mando es igualmente nocivo para los dos, porque lo que es útil a la parte lo es al todo; lo que es útil al cuerpo lo es al alma. Y como el esclavo forma parte del amo, cual un miembro vivo forma parte del cuerpo, la relación es íntima aunque la parte se halla separada.

21. — Existe por eso un interés común y una amistad recíproca entre el amo y el esclavo, cuando la naturaleza misma es quien los ha juzgado dignos al uno del otro. Y sucede todo lo contrario cuando no ha sido obra de la naturaleza, cuando es simple efecto de una ley, de una violencia legal.

22. — De aquí se sigue que el poder del amo y el del magistrado son cosas diferentes; no todos los poderes se asemejan, como pretenden algunos, pues los hay que se refieren a los hombres libres, como otros a los esclavos por naturaleza. La autoridad doméstica es monarquía, puesto que toda familia es gobernada por uno solo. Y la autoridad civil o política gobierna a hombres libres e iguales.

El poder del amo no enseña; es tal como lo hizo la naturaleza, aplicándose al hombre libre lo mismo que al esclavo. Podría haber una ciencia del amo y una ciencia del esclavo; esta última, como la que enseñaba el maestro de Siracusa, quien mediante un salario, aleccionaba a los niños en todos los detalles del servicio doméstico. También pudiera haber un aprendizaje de cosas parecidas, como la cocina y todo lo concerniente al servicio de la casa. En efecto, ciertos servicios son más necesarios o más estimados que otros, pues hay, como dice el proverbio, esclavo y esclavo, amo y amo.

23. — Sin embargo, todo ello no es más que ciencia de esclavo; la ciencia del amo consiste en el empleo que ha de dar, en el uso que ha de hacer de los esclavos. Es amo, no por poseer esclavos, sino por servirse de ellos. Esta ciencia del amo no tiene nada de grande ni de noble, pues se reduce a saber mandar lo que el esclavo ha de saber hacer. Así todos los que pueden se ahorran ese trabajo, dejándole tal honor a un intendente para entregarse ellos a la política o a la filosofía. La ciencia de la adquisición, pero de la adquisición lícita y justa, difiere de las dos ciencias, de la del amo y de la del esclavo; tiene a la vez alguna cosa de la guerra y alguna cosa de la caza.

Y ya hemos dicho bastante del amo y el esclavo.



## CAPÍTULO III

1. — Puesto que el esclavo forma parte de la propiedad, estudiemos ahora, siguiendo el método que nos dirige, la propiedad en general y la adquisición de bienes. Ante todo podríamos preguntar si la adquisición de las riquezas es una parte de la economía doméstica, o si no es más que un auxiliar de aquella economía; también podríamos preguntar si tiene con la economía la misma relación que el arte del fundidor con el del estatuario. Los servicios que prestan estas dos artes no pueden ser los mismos: una da los instrumentos y otra la materia. Doy el nombre de materia a lo que sirve para hacer una obra, como la lana para el tejedor y el bronce para el estatuario.

2. — Es evidente, pues, que la ciencia de adquirir no es lo mismo que la de la economía, puesto que la una tiene por carácter proporcionar los medios y la otra hacer uso de ellos. ¿A quién, si no, le corresponde el emplear los bienes de la casa? Es indudable que a la administración doméstica. La ciencia de la adquisición, ¿es una parte de la economía, o es una cosa diferente? He aquí otra cuestión. Si el industrial debe conocer las fuentes de la posesión y de la riqueza (y el nombre de posesión como el de la riqueza comprende muchas partes), ¿es la agricultura parte de la crematística o ciencia de la riqueza, o es de una especie diferente? En general, ¿es lo mismo el cuidado de la subsistencia que el arte de adquirir?

3. — Hay muchas clases de alimentos y, por

consecuencia, muchas maneras diferentes de vivir, lo mismo entre los animales que entre los hombres, de suerte que las diferencias de alimentación establecen las diferencias correspondientes en las costumbres de los animales. En efecto, unos viven en rebaño, otros diseminados, según conviene a su género de alimentación; unos son carnívoros, otros herbívoros, y también los hay omnívoros. Para facilitar la busca y elección de los respectivos alimentos es para lo que la naturaleza distingue y separa su género de vida. Por otra parte, no les ha dado los mismos gustos; prefieren los unos ciertos alimentos, los otros, alimentos bien distintos, y aun entre los carnívoros, como entre los frugívoros, hay relativamente diferencias grandes.

4. — Sucede lo mismo entre los hombres; son sus costumbres muy diversas. Los unos, y esta es la clase más ociosa, prefieren la vida nómada; el alimento que les suministran sus animales, que ellos crían sin esfuerzo, les cuesta poco trabajo; pero como sus animales tienen que cambiar de sitio para encontrar sus pastos, ellos se ven obligados a seguirlos, como labradores que cultivan un campo vivo, un campo móvil. Otros viven de la caza, pero de una manera diferente. Se da el nombre de cazadores a los que persiguen los ganados <sup>1</sup>, a los que se ocupan en la pesca, a los que la suerte ha colocado en las cercanías de estanques, pantanos, marismas, ríos, lagunas o un mar abundante en peces, y también se llaman cazadores los que se alimentan de aves

1. Hércules era cazador en este sentido. Él se apoderó, según dice Píndaro, citado por Platón, del rebaño de Gerión, y se quedó con él por el derecho de la fuerza.

silvestres y de animales montunos. Pero la mayoría de los hombres vive de los productos de la tierra y de los frutos producidos por su arte.

5. — Poco más o menos, tales son los géneros de vida de los pueblos que todavía no conocen más que su trabajo individual, sin pedir sus medios de subsistencia al comercio ni a los cambios : son nómadas, agricultores, salteadores, pescadores, cazadores. Los que saben combinar estos diferentes modos de vivir alcanzan un relativo bienestar, como les sucede a los que a la vida nómada agregan el pillaje, y a los que añaden a la agricultura la caza u otros medios que les impone la necesidad.

6. — El medio de procurarse los indispensables alimentos es un don que otorga la naturaleza a todos los seres animados, no sólo en los primeros instantes de su nacimiento, sino también cuando llegan a su desarrollo. En efecto, ciertos animales producen, al mismo tiempo de nacer sus hijos, el sustento que ha de nutrirlos hasta que estén en condiciones de procurárselo ellos; tales son los vermíparos y los ovíparos<sup>1</sup>. Los vivíparos llevan en sí mismos durante una temporada el alimento de sus pequeñuelos : es la substancia que se llama leche.

7. — Dado lo expuesto, es evidente que estamos autorizados a creer que ocurrirá lo mismo cuando los animales han llegado a su desarrollo, que las plantas existen para los animales y los animales

1. Están comprendidos entre los vermíparos las moscas y todos los insectos. Ignorábase aún en tiempo de Aristóteles que los insectos son ovíparos como todos los animales, a excepción de los mamíferos. (Hoefcr.)

para el hombre. Los animales susceptibles de ser domesticados se destinan al servicio, al uso y al sustento del hombre; y en cuanto a los silvestres, a los salvajes, la mayor parte, si no todos, también le suministran alimento y otros recursos, como vestidos, abrigos y una multitud de objetos de utilidad. Si la naturaleza no hace nada en vano y sin objeto, necesariamente lo hace todo con vista a la especie humana.

8. — De esto se deduce que el arte de la guerra es en cierto modo, un medio natural de adquirir, pues el arte de la caza es una parte del arte de la guerra : la parte que tiene aplicación contra las fieras y otros animales, como asimismo contra los hombres destinados por la naturaleza a obedecer y que se niegan a la sumisión; de suerte que la naturaleza misma declara que es justa semejante guerra. Aquí tenemos, pues, una primera especie de adquisición natural, que es una parte de la ciencia económica; es necesario que esa parte exista, o que la ciencia económica nos provea de los recursos precisos o útiles para la vida en toda asociación civil o doméstica.

9. — Precisamente eso es lo que constituye la verdadera riqueza; la calidad que baste a las exigencias del vivir y a la felicidad, no es infinita como pretende Solón en sus poesías :

**El hombre no conoce ni término ni límites  
Que al arte de enriquecerse haya prescrito la naturaleza.**

Al contrario, se le han prescrito como a todas las artes. Ninguna de ellas tiene a su disposición

medios ilimitados en magnitud ni en número; la riqueza es la cantidad de medios o instrumentos que posea la administración de una familia o de un Estado, luego es evidente que existe cierto arte de adquisición natural para los jefes de familia y para los del Estado.

10. — Pero hay otro modo de adquisición que es el verdadero arte de adquirir, el cual no pone límites a la riqueza ni a la adquisición; generalmente se cree que es el mismo de que acabo de hablar porque tienen algo de común, pero no es el mismo. El uno es natural, en tanto que el otro no procede de la naturaleza; es resultado más bien de un arte o de una industria. Vamos a ver si acertamos a explicar el principio y el origen.

11. — Toda propiedad tiene dos usos, que ambos le son inherentes, mas no de igual manera : uno le es propio y directo, y el otro no. Ejemplo de este último es el calzado; podemos ponérselo en los pies o servirnos de él como medio de cambio : tales son las dos maneras de usarlo. Quien cambia el calzado por una moneda o por una substancia alimenticia con otro que necesita calzado, hace buen uso del calzado que le pertenece, pero no el uso propio y directo del mismo, pues no se hizo para el cambio. Lo mismo pasa con todas las demás cosas que podamos poseer, pues teniendo todas un valor, no hay ninguna que no pueda convertirse en objeto de cambio. El cambio tiene su principio y su fundamento en la naturaleza, pues los hombres tienen de menos o de más las cosas necesarias a la vida, es decir, las tienen en cantidad excesiva o insuficiente.

12. — Lo que prueba que el comercio al pormenor no pertenece naturalmente a la ciencia de adquirir riqueza, es que el cambio no era posible antes hacerlo sino en la justa medida de las necesidades. Quiere decir que en la primera asociación, la familia, el comercio al pormenor era inútil; su necesidad no se dejó sentir hasta que la sociedad fué numerosa. En la familia todo era de todos; cuando fueron varias las familias, se estableció una nueva comunidad<sup>1</sup> para objetos determinados, de los que se servían todos según las necesidades, como lo hacen todavía muchas naciones bárbaras, cambiando objetos útiles por otros también útiles; por ejemplo, dando vino y recibiendo trigo, y lo mismo otras cosas.

13. — Este género de cambio es natural y no constituye novedad en el arte de adquirir riquezas, pues en su origen no tenía más objeto que satisfacer las necesidades naturales. Sin embargo, según todas las apariencias, la ciencia de la riqueza debió nacer de él. A medida que estas relaciones de reciprocidad se fueron desarrollando por la importación de las cosas que faltaban y la exportación de las superabundantes, se introdujo necesariamente el uso de la moneda, pues las cosas cuya necesidad es evidente no siempre son fáciles de transportar.

14. — Se convino, pues, en dar o recibir en los cambios una materia que, útil por sí misma, fuera

1. Eran pequeñas colonias procedentes de la familia, que establecieron la comunidad de bienes como en la primera asociación. Aquella comunidad se extendió a objetos nuevos, y las dos o más familias formadas por la desmembración de la primera se los cambiaban entre sí.

fácil de manejar y aplicable a diferentes usos de la vida, como el hierro, la plata y cualquiera otra substancia, de la que al principio se determinó simplemente el peso y el tamaño, poniéndole una marca para evitar el trabajo de pesarla y medirla continuamente : la marca se puso como signo de la calidad.

15. — Cuando la necesidad de los cambios trajo la invención de la moneda, apareció otra especie en la ciencia de adquirir : el comercio al menudeo. Éste se hizo al principio de una manera muy sencilla, pero la experiencia introdujo más arte cuando se supo mejor donde convenía tomar los objetos de cambio y lo que había de hacerse para obtener ganancia más considerable. He aquí por qué la ciencia crematística parece tener por objeto el dinero acuñado y los medios de procurárselo en cantidad crecida. Es, en efecto, la ciencia que produce la opulencia y las grandes fortunas.

16. — Suele considerarse riqueza la abundancia de metales acuñados, porque esa abundancia es el objeto de la ciencia de la riqueza y del comercio en general. Mas por otro lado, se mira la moneda, y asimismo la ley que la estableció, como un capricho absolutamente vano y sin fundamento alguno en la naturaleza, porque si los que la usan establecieran otras convenciones, la moneda carecería de valor, dejaría de ser útil para la adquisición de las cosas necesarias, y a menudo ocurriría que un hombre rico en metal amonedado careciera de los alimentos de primera necesidad. Peregrina riqueza la que, por grande que sea, no libra a su poseedor de perecer de hambre, como el fabuloso Midas cuya

codicia le llevó a pedir, y vió cumplido su voto, que se cambiaran en oro todos los platos que se le servían.

17. — Con mucha razón, por consiguiente, se trata de averiguar si no hay otra riqueza y otra ciencia de adquirirla. En efecto, la riqueza y la adquisición natural son otra cosa. Es la ciencia económica muy diferente del pequeño tráfico, del negocito, que a la verdad es productor de dinero, mas no en todos los casos; únicamente en el caso de que el dinero sea el objeto definitivo del cambio. La moneda es elemento y fin del cambio, y la riqueza que resulta de este arte de adquirir no tiene límites. La medicina tiene por objeto y fin multiplicar las curaciones hasta lo infinito, y cada arte se propone multiplicar indefinidamente lo que es su objeto y su fin (pues a esto aspira sobre todo; pero los medios de lograrlo no son infinitos, y la limitación de los medios es el fin para todas las artes).

Pues lo mismo en el arte de la riqueza : no hay límite para los medios propios al fin que se propone; pero este fin es la riqueza, tal como queda definida, y la adquisición de plata.

18. — Al contrario la ciencia económica, muy diferente del arte de adquirir, tiene su límite; porque el asunto de la economía no es el de la ciencia de la riqueza. También parece necesario que la economía tenga un término para toda riqueza, aunque, según lo que pasa, ocurre ordinariamente lo contrario; en efecto, vemos que todos los que tratan de hacerse ricos acrecen indefinidamente la cantidad de plata acuñada que poseen. Esto viene de la afinidad de las dos ciencias, pues el empleo



de los medios no es el mismo en ambas. Una y otra, a la verdad, tienen el goce de los mismos fondos, pero no de igual manera : el objeto de una es la posesión, el de otra el aumento, de tal suerte que ciertas gentes han llegado a imaginar que el aumento es el objeto de la ciencia económica y persisten en creer que debe conservarse o aumentarse indefinidamente el caudal que se tenga en metales acuñados.

19. — La causa de semejante disposición de espíritu es el afán de vivir, no el de bien vivir, y como este afán es infinito, se anhela multiplicar hasta lo infinito los medios de satisfacerlo. Aun los mismos que aspiran a bien vivir, buscan también lo que puede contribuir a los goces materiales; y como estos goces parecen encontrarse en la adquisición de la riqueza, no tienen otra ocupación que procurárselos. Así ha venido esta otra especie de la ciencia de las riquezas. Como los goces del cuerpo se encuentran en la abundancia, buscan los medios de producir la abundancia que trae los goces; y cuando no puede procurárselos por la riqueza, tratan de poder por otra causa, haciendo de todas sus facultades un uso no conforme con la naturaleza.

20. — En efecto, el valor no está destinado a procurarnos riquezas ni placeres, sino a darnos una generosa valentía y una noble audacia. Tampoco tienen tal objeto la ciencia militar ni la medicina, que son para darnos la victoria o la salud. Y sin embargo, se hace de todas las profesiones un asunto de dinero, como si ese fuera el objeto de todas y debiera todo concurrir a ello.

He aquí lo que pensaba decir respecto a la clase

de ciencia de la riqueza que trata de lo superfluo. Ya he dicho lo que es, y también la causa que ha introducido su uso. He hablado, además, de la especie que tiene por objeto lo necesario, especie muy distinta de la otra. En cuanto a la ciencia económica, la relativa a la naturaleza no trata más que de la subsistencia; no es ilimitada como la otra, puesto que tiene sus naturales límites.

21. — Esto nos da al mismo tiempo la solución del asunto planteado, a saber : si la ciencia de la riqueza forma parte o no de la economía o de la administración de los Estados; pero es preciso ante todo que tal ciencia exista, pues así como la política no hace hombres, sino que los emplea como la natura se los da, así ella necesita que la tierra y el agua, los ríos y el mar, le den los primeros alimentos; el jefe de la familia sacará de ellos el partido que convenga. El arte del tejedor no es producir la lana, sino servirse de ella, conocer si es de buena o de mala calidad, si es conveniente o no.

22. — Podría tal vez preguntarse por qué la ciencia de la riqueza es una parte de la economía, siendo así que la ciencia médica no forma parte de ella, aunque las personas de la familia necesitan de la salud tanto como del sustento o de cualquiera otra cosa necesaria. En ciertos conceptos, el jefe de la familia y el jefe del Estado tienen el deber de vigilar cuanto a la salud de sus administrados se refiera; y en otros conceptos no lo tienen, porque eso le incumbe al médico. Pues lo mismo ocurre en lo tocante a la riqueza : hay cuidados que incumben al administrador y otros que a él no le incumben, aunque pertenecen todos a la industria que está

bajo su gerencia. No obstante, vuelvo a repetirlo, es la naturaleza quien provee antes que nadie, pues ella es la que da el sustento al ser a quien da la vida. El recién nacido recibe de su madre la existencia y seguidamente la alimentación. He aquí por qué la riqueza que proviene de los frutos de la tierra y de los animales, es para todos los seres una riqueza conforme con la naturaleza.

23. — Como ya hemos dicho, hay dos clases de arte o ciencia de la riqueza : una que tiene por objeto el tráfico y otra cuyo objeto es la economía; esta última es laudable y necesaria, aquélla censurada con razón, pues es contra natura, aunque proviene del beneficio de los cambios. Es muy justa la general aversión inspirada por la usura, porque da una riqueza procedente de la moneda misma a la que se da un empleo que no es el suyo propio. Fué creada para los cambios, y la usura la multiplica sin que haya cambio alguno; a eso debe la usura el nombre que se le ha dado<sup>1</sup>... El interés es el dinero del dinero; de todas las adquisiciones es la menos natural.

#### CAPÍTULO IV

1. — Ya hemos determinado suficientemente lo que se refiere al conocimiento teórico de nuestro asunto; vamos ahora al desenvolvimiento de las aplicaciones. Todas las cuestiones de este género dejan gran libertad a la teoría, pero encadenan la

1. Hay aquí, en el texto griego, un juego de palabras que tenemos por intraductible.

práctica a la realidad de la experiencia. Las partes útiles de la ciencia de la riqueza dan a conocer por la práctica la naturaleza de las cosas que se poseen, el sitio en que están, su utilidad relativa y la manera de emplearlas; enseñan la cría de caballos, bueyes, ovejas y otros animales; por la práctica igualmente dan a conocer qué especies son más provechosas y cuáles convienen a tal o cual localidad, pues unas se malogran donde otras se crían perfectamente. Vienen después : la agricultura, comprendiendo la preparación del terreno y la plantación; la cría de las abejas y el cuidado que requieren éstas y los demás animales, aves o peces, de que pueda sacarse algún partido.

2. — Tales son, en su sentido más propio, los primeros elementos de la ciencia de la riqueza. En cuanto al arte que tiene por objeto los cambios, su parte principal es el comercio, que se divide en tres especies : transporte por mar, transporte por tierra, venta sin transporte. Difieren unas de otras, en que unas ofrecen más seguridad y otras dan mayores rendimientos. La segunda parte de la ciencia de la riqueza es la usura; la tercera es el salario. Esta última rama comprende las artes mecánicas y las obras ejecutadas por los hombres que, siendo ajenos a las artes e impropios para ellas, son útiles solamente por sus fuerzas corporales.

Hay una tercera especie de la ciencia en cuestión, especie intermedia entre la industria del comercio y la industria agrícola; tiene algo de las dos, ya que comprende todas las producciones que nacen de la tierra y todas las riquezas que se sacan de su seno, las cuales riquezas, sin ser frutos, ofrecen

alguna utilidad; tal es la explotación de los bosques; tal es la explotación de las minas, cuyas divisiones son ya tan numerosas como los metales que se extraen de la tierra.

3. — Hemos hablado en general de cada una de estas ciencias; dar los detalles, aunque sin duda útiles para la ejecución de las obras, sería largo y fastidioso que nos detuviéramos a hacerlo. Entre los oficios, los que exigen más arte y más talento son los que dejan menos al azar; los más mecánicos, los que más deforman el cuerpo del obrero; los más serviles, aquellos que exigen más fuerza corporal; los más viles, los que reclaman menos fuerza moral.

4. — Por otra parte, como ya otros autores han escrito sobre estas materias, por ejemplo, Carés de Paros y Apolodoro de Lemnos acerca de la agricultura y otros varios acerca de diferentes oficios<sup>1</sup>, en sus obras deben estudiar los aficionados a estas cosas. También es necesario recoger las tradiciones esparcidas referentes a los medios que han conducido a ciertas personas a la posesión de la fortuna, pues todos esos informes son de utilidad para los que aman la ciencia de la riqueza.

5. — He aquí lo que se cuenta de Thales de Mileto: es una especulación lucrativa que se le atribuye para probar su ingenio, pero que no tiene nada de particular. Se le echaba en cara su pobreza, diciéndole sus censores que la filosofía no sirve para nada. Él había previsto, según dicen, por sus conocimientos

1. Ninguna de estas obras ha llegado hasta nosotros, si bien Apolodoro de Lemnos ha sido citado por Varrón: *De Re Rustica*, I, VIII.

astronómicos, una abundante cosecha de aceitunas; transcurría entonces el invierno, y él se procuró el dinero necesario para alquilar todas las almazaras o molinos de aceite de Mileto y de Chio; todas las tomó a precios muy moderados, por no tener competidores, y cuando vino la cosecha las subarrendó al precio que quiso por ser muchos los que las solicitaban. Así realizó muy grandes beneficios, demostrándoles a sus detractores que a los filósofos les sería muy fácil enriquecerse, si quisieran, pero que ese no es el objeto de sus estudios.

6. — Dicen que así probó Thales su talento; pero, lo repito, esa especulación pertenece a cualquiera que pueda crearse un monopolio. A ella recurren también algunos Estados cuando por falta de ingresos monopolizan o estancan determinados artículos.

7. — Un siciliano empleó el dinero que tenía en depósito en comprar todo el hierro de las minas; después llegaron los negociantes pidiendo hierro, y como él era el único en estado de venderlo, pudo, sin elevar demasiado el precio de venta, realizar un beneficio de cien talentos por cincuenta. Se enteró del caso Dionisio de Siracusa, y aunque le permitió llevarse su fortuna, lo expulsó del país por haberse enriquecido por medios contrarios al interés del príncipe. Sin embargo, la especulación del siciliano era la misma de Thales, pues los dos habían explotado un monopolio.

Aun los que gobiernan deben conocer estas especulaciones, pues hay Estados con tanta necesidad de dinero y de recursos para encontrarlo como las familias, y aun más. Por eso mismo hay algunos entre los que se ocupan en la administración de los Esta-

dos, aplicados especialmente a buscar dichos recursos.

Hemos reconocido tres partes en la administración de la familia : autoridad del amo, y ya hemos hablado de ella; autoridad del padre; autoridad del esposo. La triple autoridad se extiende a la mujer y a los hijos, pero considerados éstos y aquélla como seres libres. No se ejerce de la propia manera con la una y con los otros : para la mujer es un poder político o civil, para los hijos un poder real. Naturalmente el hombre es más a propósito que la mujer para el mando, salvo excepciones contra natura, por ser de más edad y más experto.

8. — Sin embargo, en la mayor parte de las magistraturas civiles suele pasarse por una alternativa de autoridad y obediencia, porque todos los miembros de las mismas deben ser naturalmente iguales y semejantes. Pero en dicha alternativa de mando y obediencia se procura establecer alguna distinción, ya por la forma de los trajes, ya por el lenguaje y también por los honores, como Amasis<sup>1</sup> lo hizo entender en su discurso a los egipcios a propósito de la vasija que le había servido para lavarse los pies. De todas suertes, la relación de superioridad existe constantemente de la especie masculina a la femenina, del macho a la hembra; pero la autoridad del padre sobre los hijos es real, porque la ejerce con

1. Amasis, vencedor de un rey de Egipto, fué menospreciado por los súbditos del mismo rey, que no vieron en él a un vencedor sino a un hombre de humilde nacimiento. Pero él mandó fundir la vasija de oro que le servía para lavarse los pies, y con aquel oro se hizo la estatua de un dios. Los egipcios rindieron adoración a la estatua; y Amasis le dijo entonces cuán humilde había sido también el origen de aquel dios, aplicándose la comparación y conquistando así el afecto de sus detractores.

amor y tiene la preeminencia de la edad, caracteres distintivos de la autoridad regia. Por eso Homero, al nombrar a Júpiter, padre de los dioses y de los hombres, lo llama con razón rey de todos los seres, porque el rey debe a la naturaleza calidades que le distinguen de sus vasallos, siendo de su misma especie. Es la relación entre el más viejo y el más joven, entre el padre y el hijo.

Por lo tanto es evidente que debe atender más al gobierno de los hombres que a la adquisición de cosas inanimadas, más a su perfeccionamiento que a adquirir lo que llaman la riqueza, en una palabra, a los hombres libres más que a los siervos. Respecto a los últimos, la cuestión es saber si, además de las calidades que hacen de todo esclavo un instrumento, un ser adecuado para la servidumbre, poseen alguna cualidad excepcional, una virtud preciosa, como la templanza, la justicia, el valor o cualquiera otra disposición moral del mismo género, o si no tienen más mérito que el de prestar servicios de orden material. El problema es en ambos casos difícil, porque si los esclavos tienen esas virtudes, ¿qué diferencia hay entre ellos y los hombres libres? Y, por otra parte, decir que no son capaces más que de hacer trabajos materiales, siendo hombres y teniendo su parte de razón, ¿no es un absurdo?

9. — Casi la misma pregunta puede hacerse con relación a la mujer y al niño. ¿Son también susceptibles de virtud? ¿Es preciso que la mujer tenga templanza, que sea valerosa, que sea justa? Y el niño, ¿debe ser formal, o desordenado? Se trata de examinar si el ser creado por la naturaleza para mandar y el formado para obedecer deben tener las mismas



~~virtudes o virtudes diferentes~~. Si el honor y la probidad han de encontrarse en igual medida en ambos seres, ¿por qué el uno ha de mandar y el otro ha de obedecer en todo y por todo? No hay aquí diferencias ni excepciones más o menos apreciables; mandar y obedecer son dos cosas esencialmente distintas que no permiten en manera alguna establecer gradaciones.

10. — Exigirle virtudes al uno sin exigírselas al otro, sería una cosa rara y sorprendente. Si el que manda no es morigerado ni justo, ¿cómo es posible que mande bien? Si el que obedece carece de virtudes, ¿cómo ha de obedecer? Vicioso y cobarde, no cumplirá ninguno de sus deberes. Es claro, pues, que los dos han de poseer virtudes, pero con la diferencia que la naturaleza ha puesto en los seres hechos para obedecer. Y esto nos lleva insensiblemente a hablar del alma; tiene ésta dos partes : una que manda y otra que obedece, pero sus cualidades son muy diversas, porque una es razonable y otra no. Este contraste armónico se encuentra en los demás seres, de modo que la naturaleza ha destinado a la mayoría de ellos a mandar y obedecer.

11. — El hombre libre manda en el esclavo de otra manera que el marido en la mujer o el padre en el hijo. En todos estos seres existen las dos partes del alma, pero en grados diferentes. El esclavo está enteramente privado de la facultad de querer; la mujer no está privada, pero su voluntad es débil; la del niño es incompleta.

12. — Necesariamente ha de suceder lo mismo en las virtudes morales; estamos autorizados a creer que todos participan de esas virtudes, pero no de

igual manera, sino en cuanto es preciso para que cada uno pueda llenar su cometido. He aquí por qué el que manda debe poseer la virtud moral en toda su perfección, pues su tarea es absolutamente la del arquitecto. Ahora bien, el arquitecto aquí es la razón; pero entre los otros, ninguno ha menester otra virtud moral que la conveniente a su destino.

13. — Resulta, pues, que la virtud moral pertenece a todos los seres de que acabamos de hablar, pero que ni la templanza ni la fortaleza moral ni la justicia pueden ser las mismas en el hombre y en la mujer, como creía Sócrates<sup>1</sup>. En el hombre, el valor sirve para el mando; en la mujer, para ejecutar lo que se le prescribe. Lo mismo les sucede con las demás virtudes. Esto se ve mejor aún cuando se aplica la regla a casos particulares; porque se ilusiona, engañándose a sí mismo, quien diga que la virtud consiste en una buena disposición de ánimo, o en la práctica de las buenas acciones, o en algo parecido. Es más fácil enumerar las cualidades particulares, como hacía Gorgias, que dar definiciones generales. Conviene pensar lo mismo de todo, como el poeta lo ha dicho de una mujer :

Un silencio modesto aumenta sus atractivos<sup>2</sup>

Pero no es lo mismo cuando se trata de un hombre.

14. — Puesto que el niño es un ser incompleto, claro está que su virtud, como todo lo demás, no le pertenece en propiedad exclusiva, porque la com-

1. Alusión a la doctrina expuesta en el quinto libro de *La República* de Platón y en el de Menón, discípulo de Gorgias.

2. *Ajar*, de Sófocles, v. 203.

parte con el hombre hecho, encargado de su dirección. Lo propio ocurre con el esclavo y el amo. Hemos dicho que el esclavo sirve al amo por las necesidades de la vida, resultando evidente que no le hace falta gran virtud; le basta con la poca necesaria para que la mala conducta, la flojedad y la pereza no le hagan descuidar su obligación.

15. — Pero admitiendo lo que queda dicho, se nos preguntará si los artesanos han de tener la misma virtud que los esclavos, pues muchas veces faltan a sus trabajos por la informalidad de su conducta. Responderemos que no hay paridad; la diferencia está a la vista. En efecto, el esclavo es como parte del amo, vive en común con él; pero el artesano es más independiente; su condición no le exige más que una virtud proporcional a su dependencia, puesto que, dedicado a las artes mecánicas, no está sujeto sino a servidumbre limitada. Es la naturaleza quien hace al esclavo; no es ella la que hace al zapatero ni al de cualquiera otro oficio.

16. — Evidentemente, el amo debe ser para el esclavo la causa de su propia virtud, no el maestro que le enseña a trabajar. Se incurre en error cuando se considera a los esclavos privados de razón y cuando se pretende que con ellos hay que limitarse a darles órdenes. Al contrario, hay que reprenderlos aún con más indulgencia<sup>1</sup> que a los niños. Pero terminemos aquí la discusión de este punto. En lo relativo al marido y la mujer, al padre y los hijos, a las virtudes propias de cada uno de ellos, a las

1. Se cree que Aristóteles alude aquí a un pasaje de Platón. (*De Legibus*, I, vi).

relaciones que los unen, a su honor o deshonor y al cuidado con que deben buscar el uno y evitar el otro, esto es lo que necesariamente ha de considerarse en un tratado político.

17. — Puesto que cada familia es una porción del Estado, y ya que las personas de que hablamos forman la familia; puesto que la virtud de la parte debe estar en relación con la del todo, es necesario encaminar la educación de las mujeres y los niños según la forma particular de gobierno, si realmente le importa al Estado que los hijos y las mujeres honren la virtud. Y así es, así tiene que ser, porque las mujeres son la mitad de las personas libres y los niños son el plantel del Estado.

Tales son los principios que establecemos. Como quizá tengamos que volver sobre esto en lo que nos queda por decir, dejemos aquí un asunto por el momento agotado y pasemos a otro asunto, empezando por examinar las opiniones emitidas sobre la mejor de las formas de gobierno<sup>1</sup>.

---

1. Aristóteles no ha hablado de las mujeres ni de sus virtudes. Fabricio deduce la consecuencia de que Aristóteles no ha terminado su *Política*; pero conviene observar que Aristóteles suele emplear esta fórmula para descartar una multitud de cuestiones que no quiere tratar. Igualmente prometió un tratado sobre la esclavitud y otro acerca de las propiedades, y no dice una palabra. (Fabricius, *Biblioteca griega*, t. II, cap. vi.)